

“AL INFIERNO LOS CUERPOS”: EL TRANSHUMANISMO Y EL GIRO POSTMODERNO DE LA UTOPIÍA.

Francisco Martorell Campos
Universidad de Valencia (España)

Recibido: 15-07-10

Aceptado: 14-09-10

Resumen: Se ha convertido en habitual afirmar que en la postmodernidad la utopía deja de ser viable. No es cierto. La postmodernidad produce sus propias utopías. Al examen del transhumanismo, quizás la más representativa de ellas, se presta este artículo. Objeto rector de estudio, las vicisitudes del cuerpo en la utopía citada.

Palabras-clave: transhumanismo; cuerpo; utopía; inmortalidad.

Abstract: It has turned into a common fact to state that utopia in postmodernity is no longer feasible. It's no true. Postmodernity produces it's own utopies. This article focouses in the study of transhumanism, wich is probably the most representative among them. The guiding object of research will be the vicissitudes of the body in the quoted utopia.

Key-words: Transhumanism; Body; Utopia; Immortality.

La utopía... es un lugar donde tendré un cuerpo sin cuerpo, un cuerpo... infinito en su duración... Y bien puede ser que la utopía primera, la más inextirpable del corazón de los hombres, sea justamente la utopía de un cuerpo incorpóreo.

M. Foucault, “El cuerpo, lugar utópico”.

Es la carne que habla: ignórala.

W. Gibson, *Neuromante*.

Este trabajo tiene por meta presentar las directrices de la teoría del cuerpo desplegada a día de hoy por sendos géneros literarios pertenecientes a la cultura de masas; la literatura de divulgación científica —en especial aquella que elabora pronósticos de lo que vendrá— y la literatura de ciencia ficción. Se trata, huelga indicarlo, de dos géneros dados a la anticipación, prospectivos, aunque no forzosamente vinculados a nivel ideológico (abunda la ciencia ficción contraria al progreso científico). Sin embargo, en el contexto presente sus idearios suelen converger alrededor del transhumanismo (H+), asociación científicista y neo-eugenésica cuya utopía inspira la corriente principal de ambos. Utopía, por lo demás, que tiene en el cuerpo su eje y que difunde una representación y una valoración del mismo que condensan privilegiadamente el *phatos* de las mutaciones protagonizadas por el deseo y el programa utópicos durante la postmodernidad.

¿Qué es el transhumanismo? A *grosso modo*, un movimiento interdisciplinar que codicia “mejorar tecnológicamente a los seres humanos como individuos y como sociedad por medio de su manipulación como especie biológica, bajo el entendido de que esa mejora sería *intrínsecamente buena, conveniente e irrenunciable*”¹. Lejos de difundir una exhortación para audiencias marginales, la propuesta cataliza (en épocas, señala Molinuevo, de filosofía débil) un “pensamiento fuerte”² que “ha permeado con rapidez en los *mass media*, la literatura científica de divulgación, y hasta en los criterios con los que se deciden los apoyos económicos a proyectos de investigación en materia de biología molecular, bio-ingeniería, ingeniería genética y otras disciplinas afines”³. Es así que el transhumanismo se encuentra perfectamente instalado en los laboratorios punteros del planeta. Y es así que ilumina el curso de los desarrollos científico-tecnológicos y la percepción que las gentes tienen sobre los susodichos. Sea como fuere, comanda un paradigma que le trasciende. Esto significa que no es necesario militar en el transhumanismo para sintonizar de alguna manera con

[1] H. Fernández, “Transhumanismo, libertad e identidad humana”, *Thémata. Revista de Filosofía*, nº 41, 2009, pág 578.

[2] J. L. Molinuevo, *La vida en tiempo real. La crisis de las utopías digitales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, págs, 67, 112.

[3] H. Fernández, “Transhumanismo, libertad e identidad humana”, pág 577.

su causa. Ya la conocemos; “mejorar tecnológicamente a los seres humanos... por medio de su manipulación como especie biológica”. Manipulación tal equivale a la *cyborgización*, hibridación de lo orgánico y lo sintético, del hombre y la máquina dirigida a neutralizar las tachas que nos coartan y atormentan.

Valga la siguiente instantánea de la crónica transhumanista. A diferencia del resto de criaturas, el *homo sapiens* carece de condición inmutable, máxime tras la irrupción de la cibernética, la inteligencia artificial, la ingeniería genética, la realidad virtual y la nanotecnología, disciplinas que le brindan la posibilidad de redimirse de la evolución biológica, tomar las riendas de la fortuna y moldearse a libre voluntad. A fin de conseguirlo, debe ignorar los prejuicios *bioluditas* circundantes y entregarse a la *cyborgización*, evento lamarkiano que le catapultará a estadios evolutivos superiores, más allá de la humanidad y sus imperfecciones. Primero el humano mutará en *transhumano*, espécimen biónico transicional a merced, todavía, de los ciclos naturales elementales. A medida que las técnicas *cyborgizadoras* avancen, el transhumano coronará, empero, etapas inauditas de *desnaturalización*, hasta mutar en *posthumano*, espécimen postbiológico, íntegramente auto-creado (*autopoiético*), ajeno a las leyes que rigen la vida basada en el carbono, abierto a sucesivas auto-reconstrucciones⁴. He aquí, en efecto, al héroe de la función transhumana: el *cyborg*, entidad cuyo cuerpo deserta de la naturaleza (adversaria a batir) transformándose en objeto de diseño⁵, municionándose de multitud de prótesis, *microchips*, correctores de ADN, *nanobots*, trasplantes neurales y demás suplementos integrados. Max More (profesor de filosofía de la universidad de Oxford), enumera los provechos que procurará el bricolaje *cyborg*; “la eliminación de la muerte, la mejora de los sentidos, la infalibilidad de la memoria, el aumento de la capacidad intelectual, el mayor rendimiento físico y el control de las respuestas emocionales”⁶.

Reparemos en la tentativa estelar del transhumanismo, “la eliminación de la muerte”, o cuanto menos la prolongación del período medio de existencia en perfecto estado de salud y lozanía. El razonar anexo a la empresa apunta a la *desencarnación*, y emite hondo mecanicismo. Puesto que el robot es inmune al dolor y la expiración, nada mejor que equipar al hombre con un cuerpo robotizado. El autómatas de carne descrito por Descartes, Vesalio y La Mettrie debe sacudirse toda la carne que pueda de encima y hacerse uno con la máquina

[4] García Bacca ofrece una lección magistral sobre el hombre auto-creado tecnológicamente; *Elogio de la técnica*, Barcelona, Anthropos, 1987, págs 74-75, 83. Sloterdijk hace lo propio coqueteando con el transhumanismo; “El hombre auto-operable”, <http://www.otrocampo.com/3/sloterdijk.html>

[5] Benedetta, figurante de *El fuego sagrado*, espeta a Mia Ziemann; “«La anatomía es el destino». Eso ya no es así, ¿entiendes? ¡Ahora la anatomía es industria!”. B. Sterling, *El fuego sagrado*, Barcelona, Ediciones B, 1998, pág 145.

[6] Opiniones recogidas por Carlos Fresneda; “En defensa de la condición humana”, periódico *El Mundo*, 30 de Junio de 2003, pág 32.

para compartir perennidad y poderío con ésta. Debe, por lo tanto, luchar contra su frágil cuerpo natural, disciplinarlo, menguarlo a la mínima expresión. Sterlac, adalid del *body-art* posthumanista, enuncia el abc de la desencarnación; “el cuerpo enchufado a la red de máquinas necesita ser pacificado. De hecho, para... llevar a cabo realmente una simbiosis híbrida, el cuerpo tendrá que ser anestesiado cada vez más..., eliminando muchos de sus órganos y sistemas deficientes”⁷. Kevin Warwick (jefe del Departamento de Cibernética de la Universidad de Reading y primer cyborg voluntario de la historia) explicita, por su parte, cómo la desencarnación opera indisociable del culto a la máquina; “Soy dolorosamente consciente de las limitaciones del cuerpo humano. Sobre todo cuando lo comparo con la forma en que perciben el mundo las máquinas y con lo que son capaces de hacer las computadoras. El hombre, con sus capacidades mentales y físicas, es limitado; por eso me parece excitante la idea de perfeccionar el cuerpo”⁸.

Hasta hace unas décadas discursos parecidos inspiraban básicamente distopías⁹. No en balde, fue un clásico de dicho género quien popularizó la desencarnación. Me refiero a *Limbo* (Bernard Wolf, 1951), retrato de un futuro postapocalíptico donde el prestigio de los ciudadanos depende del grado de *cyborgización* completado. A menor cantidad de carne y mayor cantidad de prótesis, más gloria recaban de los suyos. Jerry, personaje de la novela, rebate el sonsonete oficialista (hoy más oficialista que nunca) del culto al cuerpo. A su entender, lo que de verdad manifiesta la adicción protésica es, subráyese el veredicto, “un auténtico desdén hacia el cuerpo, un intento de humillar el cuerpo, aplastarlo, petrificarlo, escapar de él”¹⁰. Este diagnóstico —la *cyborgización* como síntoma del “desdén hacia el cuerpo” y del deseo de “escapar de él”— sobrevuela *Materia gris* (William Hjortsberg, 1971), distopía que describe un porvenir de inmortales fundado en la *desencarnación cuasi-integral*. Año 2425. Nuestra especie fue sometida tiempo ha a la *cerebrotomía*, técnica capaz de conservar eternamente la vida y las facultades del cerebro fuera (y sólo fuera) del organismo. El objetivo fundacional de la iniciativa buscaba viabilizar los vuelos espaciales de larga duración, pero entrado el siglo XXIII terminó generalizándose, forjando, previa incineración de miles de millones de cuerpos, una civilización subterránea de *morfocerebros*. El odio al cuerpo se pronuncia a través del doctor Sayre, padre de la cerebrotomía: “La única parte esencial de un hombre, la parte que no puede ser duplicada mecánicamente en una nave

[7] Citado en: M. Dery, *Velocidad de escape. La cibercultura en el final de siglo*, Madrid, Siruela, 1998, pág 189.

[8] Citado en: S. Derreza, “Vivir y morir en el siglo XXI”, <http://www.nexos.com.mx/index.asp>.

[9] Básica, no únicamente. Las profecías proto-transhumanistas de científicos como William Winwood, John Bernal, Julian Huxley y John Haldane lo certifican.

[10] B. Wolfe, *Limbo*, Barcelona, Ultramar, 1987, pág 186.

espacial, es el cerebro. El resto es... equipaje de más. Me aproximo al problema desde la perspectiva del ingeniero. ¿No sería maravilloso si pudiéramos encontrar la manera de integrar un cerebro humano al sistema de control de un vehículo espacial y dejar toda la chatarra en casa?”¹¹.

En las exhibiciones integristas del odio al cuerpo ni el cerebro evita acabar en el estercolero. Hans Moravec (director del Laboratorio de Robótica de Carnegie Mellon y preboste del transhumanismo), propugna, antaño lo hizo Robert Jastrow (fundador del Instituto Goddard de la NASA)¹², la *desencarnación integral*, la supresión (no la mejora) del cuerpo como táctica tecno-inmortalizadora definitiva. El plan pretende extraer la mente del cerebro, maniobra que requiere de la fabricación de un “Super-TAC” que registre la totalidad de procesos neurales (el modelo, según el argot funcionalista moraveciano) y los transfiera, a modo de *revival* ingenieril de la *transmigración* del alma, a un *hardware* no biológico. Cuando la muerte aceche (o cuando apetezca), uno será el elixir; la *transbiomorfosis*, descarga del escaneado de la mente en el ambiente virtual de un ordenador, no-lugar algorítmico donde los dobles digitales de los otrora carnosos vivirán sempiternamente trocados en información pura, liberados “de la esclavitud del cuerpo mortal”¹³, presumiendo de cuerpo incorpóreo (electrónico). La transbiomorfosis evidencia el pelaje gnóstico y dualista del transhumanismo. A ojos suyos, el cuerpo corresponde al orden del *tener*, no al orden del *ser*¹⁴. Y como es “algo” que se tiene, puede reformarse, sustituirse o abandonarse sin menoscabar la supervivencia del yo.

Digámoslo a la tremenda. Desde el ángulo transhumano (y posthumano, *cyberpunk*...), el cuerpo es objeto (*res extensa*), no sujeto (*res cogitans*). Un objeto carencial y obsoleto que nos lleva a desgastarnos y fenecer. Por eso debe desecharse, cual “chatarra” o “equipaje de más”, sustituirse por un envase mejor. Una facción notable de las utopías literarias de corte transhumano discurren a la vera de la transbiomorfosis y de tamaña antropología filosófica, sea la saga de “La Cultura” (Iain Banks, 1987-2004), *Viejo siglo XX* (Joe Haldeman, 2005), *Génesis* (Paul Anderson, 2000), *Ciudad permutación* (Greg Egan, 1994), *Díaspóra* (ídem, 1997), *Mindscan* (Robert Sawyer, 2006) o la trilogía de “La edad de oro” (John Wright, 2002-2003), relatos acerca de civilizaciones venideras que han derrotado (o están en visos de derrotar) la muerte despidiéndose de la carne y exiliándose a universos de realidad virtual. Si el retorno al mundo físico (al que desprecian igualmente) se antoja ineludible, los individuos implicados se *reencarnarán* de mala gana en el cerebro de un androide o en el de un clon. Eso sí, sólo el lapso imprescindible. A la mínima retornarán *desencarna-*

[11] W. Hjortsberg, *Materia Gris*, Buenos Aires, Fotón, 1973, págs 12-13.

[12] R. Jastrow, *El telar mágico*, Barcelona, Salvat, 1988, págs 171-177.

[13] H. Moravec, *El hombre mecánico*, Barcelona, Salvat, 1993, xiii.

[14] S. Zizek, *Órganos sin cuerpo*, Valencia, Pre-Textos, 2004, págs 142-144.

dos al Edén ciberespacial, morada investida con una insignia; “Al infierno los cuerpos”¹⁵.

Justo es reconocer que los Warwick, Moravec y compañía no parecen preocupados por disimular el desprecio al cuerpo que sus variopintos censores les objetan a raíz del nihilismo, misticismo y resentimiento que comporta¹⁶. Tampoco por matizar la decisión, asimismo hostigada, de superar la condición humana y alumbrar —vía tecno-eugenesia— una suerte de Superhombre¹⁷. Y no están preocupados porque semejantes reproches (al margen de su contenido) resultarían, en el instante en que la cyborgización deviniera una opción real, irrelevantes. Imaginemos al “Super-TAC” listo para grabar la conciencia de los enfermos terminales y depositarla lejos del dolor y la decrepitud corporal. ¿Cuántos de ellos rechazarían el tratamiento alegando que no quieren dejar de ser humanos ni tratar su cuerpo como “equipaje de más”? ¿Cuántos preferirían sufrir y morir antes que remachar el nihilismo? Virilio censura la campaña transhumanista retomando el diagnóstico weberiano de la racionalización. Una vez racionalizados a golpe de voluntad de poder el cuerpo natural y el cuerpo territorial, la racionalidad formal/subjetiva se lanza a la conquista del cuerpo biológico, último bastión ante la “industrialización de lo vivo”¹⁸. Bien está, pero en el dudoso supuesto de que la transbiomorfosis o algún remedio menos delirante funcione algún día, ¿a quién le importaría eso? Idéntica coyuntura cabe prever de las impugnaciones concernientes a la identidad (¿es el escaneado de la mente de X idéntica a la mente de X o la desencarnación integral la ha cambiado?)¹⁹. Llegado el caso, tendrían poca repercusión. Probablemente las religiones oficiales sí restarían clientela a la religión pagana de la tecno-inmortalidad²⁰.

[15] P. Anderson, *Génesis*, Madrid, La Factoría de Ideas, 2008, pág 37.

[16] D. Bretton, “Lo imaginario del cuerpo en la tecnociencia”, en Revista *Reis*, nº 68, 1994, págs 197-219; F. Duque, “De cyborgs, superhombres y otras exageraciones”, en *Arte, cuerpo, tecnología*, D. Sánchez (ed.), Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, págs 167-187; A. Alonso & I. Arzoz, *La Nueva Ciudad de Dios*, Madrid, Siruela, 2002; T. Maldonado, *Crítica de la razón informática*, Barcelona, Paidós, 1998; J. Hernández Arias, *Nietzsche y las nuevas utopías*, Madrid, Valdemar, 2002.

[17] F. Fukuyama, *El fin del hombre*, Barcelona, Ediciones B, 2003; V. G. Pin, *Entre lobos y autómatas. La causa del hombre*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.

[18] P. Virilio, *El ciber mundo*, Madrid, Cátedra, 1977, pág 56. Véase también: I. Sádaba, *Cyborg. Sueños y pesadillas de las tecnologías*, Barcelona, Península, 2009, págs 162-164.

[19] A. Diéguez, “Milenario tecnológico: la competencia entre seres humanos y robots inteligentes”, *Argumentos de razón técnica*, nº 4, 2001, págs 219-240.

[20] Remito al lector a mi exploración del bagaje místico-religioso del transhumanismo: F. Martorell, “El arrebato místico de la ciencia y la tecnología, o atizando a Wittgenstein”, *La torre del Virrey. Revista de estudios culturales*, Dossier “Ludwig Wittgenstein: un pensador de la cultura occidental”, serie 7ª, 2010/3, págs 63-74, http://www.estudiosculturales.es/libros/libros_2010_3/li

Durante pocos años.

Ni qué decir tiene que infinidad de acusaciones vertidas en perjuicio del transhumanismo son correctas. Pero al combatir una doctrina cuyas promesas remueven los afanes primarios sus efectos disuasorios se reducen. No hay nada malo en querer suprimir la enfermedad, el envejecimiento y la muerte con medios tecnológicos. Que el camino para lograrlo implique despedirse de la naturaleza (¿no lo habíamos hecho ya?) y manipular la condición humana (¿la hay?) es lo que resulta intolerable para muchos opositores. Mas a mi entender lo cuestionable del transhumanismo reside en el modelo de utopía que personifica, una utopía mesiánica, tecnocrática y sensacionalista, de un reduccionismo científico rayano en el ridículo, ingenuamente voluntarista, colindante con la simple ideología, renuente, al contrario que las tecno-utopías anteriores, a insuflar política igualitarista a su propuesta y despejar las serias dudas que suscita²¹. Una utopía, aquí yace el *quid* de la cuestión, *postpolítica*, *egocrática*, consuelo del narcisista postmoderno, abducido únicamente (y en dicha exclusividad yace la tara) por angustias personales, entre ellas, de manera preferente, la caducidad del cuerpo (cremas anti-arrugas, dietas anti-edad, antioxidantes, cirugía estética, sesiones de gimnasio, prendas juveniles entrados los cuarenta...)²².

Cierto es que el empeño de la prolongación vital siempre levantó simpatías dentro del utopismo clásico. No obstante, su comparecencia pecaba de anecdótica cotejada con los comentarios minuciosos dedicados a la jornada laboral, el sistema pedagógico, la planificación demográfica, la abolición de la propiedad o la arquitectura. Con la venida del transhumanismo las cosas cambian²³. El impulso de inmortalidad desbanca al impulso de justicia, y la salud del *cuerpo social* a la salud del *cuerpo individual*. Tal relevo acarrea una consecuencia nodal. Mientras que la utopía clásica aspiraba a la transfiguración del conjunto de ámbitos en pos de la vida no alienada, la utopía transhumanista aspira a la transfiguración de un único ámbito (el biológico) en pos de la supervivencia ininterrumpida²⁴. Lo peor, con todo, no radica en esta merma de la acción utópica. El

[bros_noviembre_2010/257.pdf](#)

[21] ¿Quién tendrá el poder de modificar los cuerpos? ¿Los remedios inmortalistas/perfeccionadores estarán al alcance de todos o sólo de las élites? Y un largo etcétera.

[22] C. Lasch, *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello, 1999, págs 251-263; G. Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1992, págs 61-64; Z. Bauman, *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001, págs 189-202; P. Bruckner, *La tentación de la inocencia*, Barcelona, Anagrama, 2005, págs 62-65, 97-100.

[23] P. Anderson, "El río del tiempo", en Revista *New Left Review*, nº 26, 2004, págs 35-45.

[24] Con el transhumanismo "la máxima utopía de la vida da paso a la utopía mínima de la supervivencia" (J. Baudrillard, *La ilusión vital*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág 32). Matizo la reprimenda. En el segundo volumen de *El principio esperanza*, Bloch tilda la muerte de "antiutopía máxima". Sea una democracia libre de explotación y enajenación, próspera y reconciliada. Pues bien, incluso en semejante "patria de la identidad" descubriríamos al mal que ninguna revolución política puede desterrar; la muerte, revés que impediría a la sociedad perfecta degustar el júbilo absoluto. Bajo

éxito del transhumanismo demuestra que actualmente nos es más fácil imaginarnos a las generaciones futuras emancipadas de la muerte que emancipadas de la injusticia, que no poseemos ni somos capaces de imaginar alternativas al régimen político-económico vigente, teniendo que proyectar la esperanza allende lo político. Y eso, no la cyborgización, sí que intimida de verdad.

este prisma, el transhumanismo no depaupera la utopía. La reduce a un único ítem, cierto, pero al más ambicioso y radical; desactivar materialmente la “antiutopía máxima”.

Thémata. Revista de Filosofía N° 46 (2012 - Segundo semestre) pp.: 489-496.